

La cosa resultó como yo quería. Tonino recibió el precio de su humillación, y quedó satisfecho. Su mujer me escribió para anunciarme su feliz llegada á Venecia, su partida para las tierras que Tonino habia arrendado y manifestarme su agradecimiento. No se realizaron por lo tanto sus proyectos de orgullo, pues su marido la hizo renunciar sin duda á ellos; pero se vengaba, sin embargo, de Felicia, pues se abstenia de nombrarla en su carta. No quise yo que mi mujer leyera este escrito; buscóla ella no obstante, entre mis papeles, pero inútilmente, yo lo habia quemado. Felicia tuvo, pues, que contentarse con saber que, por allí, estaban satisfechos. Esta fué mi última puñalada, y el preludio de su resignación.

XLI

QUENTRAMOS desde entonces en la nueva faz de nuestra vida conyugal. La primera, hasta la caída de la esposa, habia sido hermosa y pura. La segunda, de repugnante engaño para mí, fué para ella de envilecimiento seguido de la expiación. La tercera, fué de rehabilitación, comenzada por ella; ¿qué iba á ser para mí, empresa tan terrible? Jamás me he preguntado todavía si amaba yo aún á mi mujer, y hasta dónde me hizo sufrir su alevosía. No quise ocuparme de mí mismo, presintiendo perfectamente que el día en que yo me abandonase á mi dolor, no tendria las fuerzas necesarias para cumplir con mi deber. No dudo de que existan almas bastante fuertes para sobrellevar á la vez el sentimiento del deber y el peso del dolor; pero tened presente que yo no soy en realidad un verdadero estoico. Yo sentia, y siento aún, la ternura. Cuando me encolerizo, lo cual me sucede algunas veces, es á cambio de la abstracción de mi personalidad, considerándome sencillamente una máquina pasiva, movida por el impulso de fuerzas superiores á las mías. Esta es mi religión; cada cual tiene la suya, resultado de los recursos que le ofrece su organización.

Puedo, pues, anonadarme en cierto modo y hasta cierto

punto, excluirme de mis propias cuentas, ó á lo menos contarme solamente por un cero que no tiene otro valor que el que puedan prestarle las cifras que deban regular la conducta y el destino. Yo puedo, en un momento dado, cuando me doblo bajo el peso de un gran sufrimiento, de una extremada fatiga ó de un pesar supremo, pronunciar en contra mia esta sentencia de detencion temporal, que es en verdad utilísima y enérgica: *¡Poco importa!* Lo cual viene á ser como una especie de suspension de sensibilidad que puedo yo imponerme á mí mismo durante las grandes crisis, y no en otras. Todos los hombres tenemos algo de eso. Sabemos resistir menos una contrariedad que un desastre. A los que son un poco observadores y viven persuadidos de que sus debilidades tendrán ocasion de ser sustituidas por inspiraciones de grandeza, ha de hacerseles difícil de creer que un principio divino de fuerza, de sabiduría y de bondad, no se cierna en verdad sobre sus cabezas para hacerles posible su trabajo y provechosa su benevolencia.

Tuve pues que atravesar y soportar la horrible prueba de los primeros dias sin desvío indefectiblemente. Durante unos dos meses, despues del hecho, no me ví libre ni preservado de sufrimientos. No me dirigí ni levanté una sola vez las manos al cielo para exclamar: "¡Qué desgraciado soy!,"

El momento de la reaccion, en el cual se suspende el espíritu, ó es necesario dejar que se suspenda, so pena de que se rompa, ó surge natural é inevitablemente. Felicia misma fué quien provocó la amarga crisis.

Su salud se restablecia visiblemente. Parecia que mi tranquila firmeza la hubiere librado del demonio que la poseia. No fingia por cierto olvidarse de Tonino, puesto que le olvidaba

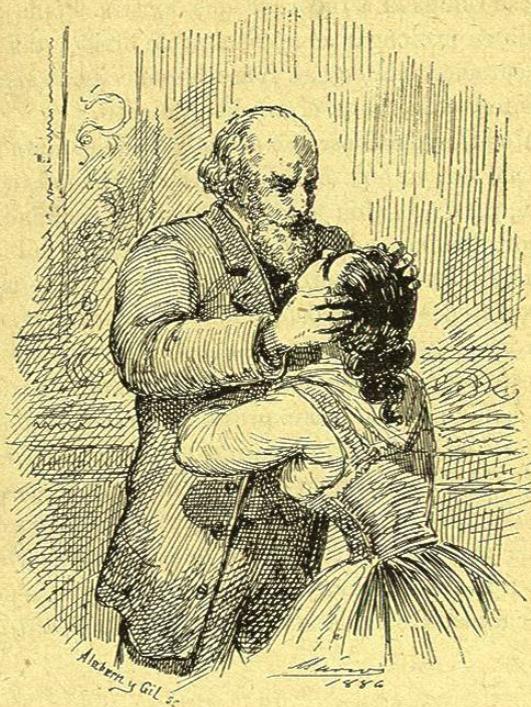
en realidad. Yo estudiaba los sobresaltos del sufrimiento que producía en ella su nombre cuando se pronunciaba á su presencia, la calma y cierta especie de bienestar moral y físico en que iba sumergiéndose, cuando se pasaban dias enteros sin que se viese obligada á recordar que existia. Ponia yo todo mi cuidado en prolongar aquellos dias de olvido, tan necesarios á su curacion intelectual. Ibase desvaneciendo el fantasma rápidamente y comenzaba el arrepentimiento.

Notábalo principalmente con el aumento de solicitud y sumision del cual era yo objeto. Felicia habia disimulado con audaz resolucion, pero no habia sido hipócrita en realidad. Mirándolo mejor, hubiera adivinado entonces entre mil diversas excusas muy plausibles, pero algo confundidas, que me habia dado de sus frecuentes preocupaciones, una tortura secreta y ciertas inverosimilitudes durante nuestras relaciones íntimas. En todo este tiempo, no simuló jamás un solo rasgo de amor hácia mí; habia aplazado su expresion, como si, teniendo toda la vida para amar, hubiese querido economizar viveza á su ternura. Delicado como todo el que ama verdaderamente, no quise interrogarla nunca por aquella reserva; quise esperar el regreso de la efusion, diciéndome que el provocarla, podia parecerse á la imposicion, y que no se debe jamás condenar á la mujer á manifestar un entusiasmo que no siente.

Cuando se sintió ya libre para volver á mí, admiróse de encontrarme á mi vez ininteligente y preocupado. Fijóse entonces en mi asiduidad para el trabajo, en mi afan por los paseos, en el abatimiento de un sueño cariñosamente adquirido por algunas semanas de reflexion é insomnio, y, cierto dia, dirigióseme llorando, y exclamó:

—¡No me amais ya!

—Os amo más que nunca, le respondí, tomando entre mis manos su ardorosa frente, que procuraba ella esconder contra mi pecho.



Pero, cuando mis labios se acercaron á su frente para purificarla con el perdon del amor, una fuerza invisible aterió mis brazos. Tenia yo aquella pobre frente degradada á cierta distancia de la mia, sin que me fuera posible aproximar la una á la otra, y aquella fuerza contra la cual pretendia yo luchar inútilmente; era tan convulsiva, que Felicia, espantada, exclamó:

—¡Oh! ¡cuánto daño me haceis! ¿Quereis matarme?

Dejéla y me alejé. ¿Qué es lo que habia pasado por mí? Yo no alcanzaba á darme cuenta de ello. El cielo me es testigo de que cuando le dije á aquella mujer: “Os amo más que nunca,” creia decirle la verdad. Tenia yo tan ferviente resolucion de perdonarla, que no podia dudar de mí mismo. Creia sentir, ó mejor, estaba poseido en aquel momento de la paternidad evangélica. Creia recibir en mi seno al hijo pródigo. Conducir al redil sobre mis hombros la oveja descarriada; pero, al sorprender, en lugar de una irradiacion de reconocimiento, un rayo de voluptuosidad en sus ojos de cielo, no sé qué oculto horror se apoderó de mí, como si fuera á compartir un deseo sacrilego con la más noble victoria del alma, al ir á estampar en aquella frente el sello del perdon de la caridad!

Entonces fué cuando comprendí, por fin, lo que estaba quebrantado en mí. Yo me habia creido revivir y cambiarme con los esfuerzos de mi voluntad; creíame poder salvar el alma aquella sobre la cual habia jurado velar y estender la proteccion infatigable del amor. Y el amor desaparecia. El desencanto se habia apoderado de mí á la idea de juntar mis labios con aquellos labios amancillados, de confundir en un mismo beso el alma de un hombre sin mancha con la de una mujer envilecida. ¿Cuál de las dos se habia trocado en un cadáver? El abismo de la tumba se habia abierto entre ambos; al pensar en franquearla, se habia rebelado todo mi sér. ¡Ah! ¡era ella la que habia muerto! Y simulando la vida, el espectro aparecia espantoso; era la sombra de mi pasado que se alzaba ante mis ojos, para decirme: “¡Unámonos en la muerte!,” Pero la muerte sagrada es el lecho nupcial de las almas que se han amado santamente. No es en verdad el lecho ardiente de los amantes ébrios. Punto de llegada y punto de partida para las etapas de la vida eterna, la cual se manifiesta con el majestuoso abandono de la personalidad aparente. Tiene sus leyes

propias tan misteriosas como las de Dios mismo; y si esta ley es todavía el amor, lo es con manifestaciones desconocidas de los hombres.

¿Qué había de comun, desde entonces, entre la carne de la amante de Tonino y la mía? El lazo estaba roto. ¿Cómo había de poder yo lisonjearme de reanudarlo? Todas las aguas del Leteo, todas las aguas del cielo mismo no podían lavar la afrenta de aquella carne profanada. ¿Era una preocupación? Yo me dirigía sinceramente esta pregunta. Elevéme hasta las más encumbradas regiones del ideal, y ví allí la figura de Jesús escribiendo estas sublimes palabras: "¡Que cualquiera de vosotros que esté libre de pecado arroje la primera piedra." Pero no le ví conduciendo al lecho del esposo á la mujer adúltera. Olvido y perdón, sí, en el seno de la caridad; pero en el del himeneo, no... ¡esto es imposible á la humana naturaleza, á menos de sucumbir á una grosería del apetito de que el hombre civilizado debiera sonrojarse!

Esforzábame yo en soñar un estado de santidad absoluta, de olvido completo, entero y formal, de todo egoísmo y sentimiento de propiedad. Mi esposa me amaba aun, lo veía perfectamente; siempre me había amado; habíanla fascinado, dominado, extraviado; pero no esperaba para volver á la pureza sino el renacimiento de mi ternura sin límites. Era la señal de mi confianza lo único que podía devolverle la confianza en sí misma; era el acto de fe por el cual debía ser renovada nuestra unión y nunca jamás dividida por la intervención del mal.

—¿Por qué no he de ser yo un santo? me decía. ¿No he acrecentado yo las dificultades? ¿No he confundido la cólera y tamizado el dolor? ¿No he atravesado ya la desesperación y vencido el orgullo? He obrado como filósofo, como amigo, como religioso y como hombre de mundo; no me he creído en verdad relevado de mis juramentos; he sido el padre espiritual

de esta alma adolescente, de esta organización salvaje de la que no había previsto, pero sí sufrido, los desvíos y los desenfrenos. Había apurado aquel cáliz hasta la última gota; y en el momento de recoger el fruto de mi prudencia y de mi bondad, hé aquí que se eleva el odio, ¡y en lugar de dar mis labios el beso de paz, no supieron sino temblar horrorizados! ¿Era que volvía yo á ser el hombre irreflexivo, instintivo y vulgar que había resuelto desterrar de mí?

Volví después al lado de Felicia para consolarla, al menos, de la extravagancia de mi acción. Si le hubiera dejado adivinar lo que por mí pasaba, no hubiera habido remedio para ella, hubiérase muerto de dolor y vergüenza, ó hubiera hecho tal vez algo peor: se hubiera precipitado nuevamente desatinada en brazos de su impura pasión. Era, pues, indispensable desvanecer su duda, apareciendo tan inocente y ciego como el idiota cuyo heroico papel desempeñaba. Salíme con la mía, manifestando una jovialidad que me desgarraba el corazón, llegué á hacer que sonriera. Había no obstante en aquella sonrisa una ligera sombra de menosprecio, sobre su fondo triste y pérfido al mismo tiempo. La mujer no admiraba ya al hombre que ella no temía mucho á la verdad.

Ví aparecer aquel desdén, y lo soporté.

Desvaneciése sin embargo; Felicia era demasiado apasionada para curarse de un amor sin refugiarse en otro. Podía olvidar á Tonino, con la esperanza de encontrar en sí el entusiasmo que había sentido por mí. Estaba pronta á sufrir aquel entusiasmo; faltaba hacer que renaciera, ¡mas para ello era preciso sentirlo!

No hablo ahora con palabras veladas y en la intención maliciosamente libertina de hacer que se adivine algo más de